

PROTODIPLOMA  
C.E.P.S.I.  
PSICOTERAPIA II  
103  
103  
103

**Universidad Nacional de La Plata**

Facultad de Psicología

## **PSICOTERAPIA II**

Ficha bibliográfica

### **Los Ritos**

David Le Breton

La existencia del cuerpo parece remitir a una gravedad dudosa que los ritos sociales deben conjurar. Se trata, de algún modo, de una negación promovida al rango de institución social. Esta puede verse en la cuidada actitud que la gente tiene en los ascensores o en los transportes públicos donde hace un esfuerzo por volverse transparente y por volver transparente a los demás. También en rechazo a tocar a alguien o a que un desconocido nos toque. Si un contacto, por mínimo que sea, se produce, provoca una gran cantidad de excusas. O, también, lo molesto que resulta un diálogo con un extranjero que no comparte los rituales occidentales, especialmente los proxémicos. O la sensación que surge, de un lado y del otro, cuando alguien es sorprendido en una actitud inconveniente o insólita; o cuando a alguien se le escapa una manifestación del cuerpo que, normalmente, se evita: un pedo, un eructo, un ruido del estómago.

En estas condiciones de contacto con el otro en las que los sujetos se hacen cargo directamente de los rituales, el cuerpo pierde su fluidez anterior, se vuelve pesado, se convierte en una molestia. Y, si no, vemos expresiones corrientes como "No sabía dónde ponerme", que hablan del malestar que se siente por el cambio de régimen del cuerpo. La simbólica corporal pierde, provisoriamente, el poder de conjuración,

ya que la situación anula, en parte, sus efectos. El cuerpo se vuelve un misterio que no se sabe cómo abordar. Las expectativas no se cumplen o se abren posibilidades inquietantes. Los cuerpos dejan de fluir en el espejo fiel del otro, en esa especie de pizarra mágica en la que los interlocutores se borran en la familiaridad de los símbolos mientras entran, adecuadamente, en escena. Un profundo malestar brota de la ruptura de sentido que, lamentablemente, pone al cuerpo en evidencia.

Todas las modalidades de la interacción social se instauran a partir de una definición mutuamente aceptada. La situación está implícitamente limitada por un margen de posturas corporales, gestuales, faciales; una distancia precisa separa a los interlocutores que saben, intuitivamente (una intuición que es fruto de una educación hecha carne) lo que cada uno puede permitirse desde el punto de vista físico y lo que pueden decirse sobre las manifestaciones corporales propias sin temor a incomodarse mutuamente. Hay un comportamiento corporal sobreentendido que varía de acuerdo con el sexo, el nivel social, la edad, el grado de parentesco o de familiaridad del interlocutor y el contexto de la interacción. Toda conducta que escape a la definición social es considerada inconveniente.

Puede provocar vergüenza en el que toma conciencia de haber roto un marco establecido y molestia en el que se enfrenta a tal distanciamiento de la norma: un mal olor, un aliento demasiado fuerte, una actitud descuidada, una risa loca, etc., que llaman demasiado la atención sobre un cuerpo que debe permanecer discreto, siempre presente pero en el sentimiento de su ausencia. El fastidio que irrumpe y que paraliza el intercambio puede, sin embargo, borrarse ritualmente si se finge indiferencia, o, mejor aún, por medio del humor, siempre disponible para simbolizar las situaciones escabrosas y disipar la vergüenza o la reticencia. El cuerpo no debe dar cuenta de ninguna aspereza que pueda realzarlo. Sastre describió, sutilmente, al mozo de café que desaparece totalmente bajo las posturas, mímicas y gestos que asocia con su oficio. Fiel a la norma de definición social de su trabajo, borra ritualmente la presencia del cuerpo mientras lleva a cabo la tarea con destreza, ya que recurre a una suma de técnicas corporales que domina muy bien: Tiene el gesto

vivaz y acentuado, quizá demasiado preciso, entonces se acerca a los clientes con un paso demasiado rápido, se inclina con demasiada prisa, la voz, los ojos expresan un interés quizá demasiado solícito por el pedido del cliente y, finalmente, vuelve intentando imitar en su marcha el rigor inflexible de vaya a saber uno qué autómatas que lleva sobre la bandeja una especie de temeridad de funámbulo... juega a ser un mozo de café.<sup>1</sup>

El cuerpo del mozo de café no deja de subordinarse, con energía, a los gestos profesionales que aprendió. Conforme, su cuerpo es discreto. En la vida de todos los días estamos guiados por una red de ritos que borran la evidencia del cuerpo al mismo tiempo que, con tranquilidad, lo inscriben en la situación vivida.

Se trata de un hecho estructurante al que la mitología de la liberación del cuerpo no le ha hecho mella. Las interacciones se siguen produciendo protegidas por el borramiento ritualizado de las manifestaciones corporales. Una serie de situaciones podrían servir para controvertir esta afirmación.

Un examen más atento muestra que, más allá de las apariencias, a pesar de, quizá, sutiles modificaciones y una menor rigidez, no conviene exponer al cuerpo más allá del marco de los ritos que puntualizan el desarrollo de la vida social y que lo mantienen en el claroscuro de la presenciaausencia.<sup>2</sup>

En las interacciones cotidianas nada cambia el intercambio ritualizado, sólo se produce en lugares y tiempos privilegiados. Las actividades cinéticas o sensoriales, la búsqueda de límites a través de un compromiso físico extremo (carreras, maratones, ejercicios de supervivencia, triatlón, etc.) tienden a darse fuera de la vida social. Son actividades concebidas y percibidas por los sujetos como al margen, vinculadas especialmente con la iniciativa individual aunque, como ya hemos visto, los valores activos en un momento determinado orientan la elección de los sujetos. Estas actividades físicas se producen en lugares organizados a tal fin.

Si bien tienen repercusión en la vida del individuo, porque por una parte compensan la atrofia de las funciones corporales que se produce en la modernidad y por otra favorecen el juego de los signos que le permite al sujeto situarse en el ambiente social de un momento, sólo interfieren residualmente con lo que constituye el fondo intangible de la vida cotidiana y profesional del sujeto. El contacto físico con alguien desconocido sigue siendo, por ejemplo, un tabú.

Las actividades corporales del hombre occidental siguen en la sombra a pesar de la disminución de algunas resistencias y de la aparición de un discurso, en apariencia, más liberado. Hace sólo unos diez años, el compromiso del cuerpo formaba parte en mayor medida del centro de la vida (del mismo modo que, por otra parte, el compromiso con la muerte). Era un tiempo en que andar en bicicleta, hacer caminatas, bañarse en los ríos o en los lagos formaba parte de la vida de todos los días. Cuando la estructura de las ciudades tenía una menor circulación de automóviles, permitía que la sensorialidad, el vagabundeo, la motilidad, la movilidad del cuerpo ocuparan un lugar importante. Esta ausencia de carne y de sensibillidad en la evidencia de la relación con el mundo empuja a los sujetos a desarrollar, al margen de la vida cotidiana, actividades de desgaste físico que les permiten restaurar, provisoriamente, la identidad. Como el cuerpo es el lugar y el tiempo íntimos de la condición humana, sería imposible evitarlo totalmente.

Pero, sin embargo, la alianza ontológica del hombre y el cuerpo sólo se renueva, voluntaria y provisoriamente, por medio de ejercicios y de un compromiso impuesto que no resuelven el problema de fondo: la atrofia de las funciones corporales durante la vida cotidiana.

Las horas de gimnasia o de jogging, de participación en un grupo de aprendizaje de masajes chinos o de karate, de inscripción en una sesión de bio-energía o de gestalt son los paréntesis de la vida personal, lugares privilegiados en los que se levantan las prevenciones habituales, en los que, parcialmente, se relaja el borramiento ritualizado del cuerpo.

Ya no conocemos más a nuestros vecinos, salvo cuando compartimos calurosos momentos de distensión en los cuales "disfrutamos" con tanto

más gusto cuanto más amenazada se ve la vida privada. En estas condiciones se pueden instaurar ejercicios en común en los que se ponga en juego el cuerpo, se puede aceptar el contacto de la mano o de la piel del otro, ya que la recíproca también es posible, y cada uno, a su turno, es herramienta y luego actor, objeto y luego sujeto.

E. Perrin percibió muy bien la instrumentación del cuerpo en los grupos de terapia con mediación corporal en los que participó. El consenso es precario pero necesario para el buen funcionamiento de las sesiones. Esto muestra qué difícil es vivir la suspensión de los ritos y de las omisiones en las que se basa la vida cotidiana. Basta con que uno sólo rechace la regla implícita: "Te presto mi cuerpo si me prestas el tuyo" y "Todos los cuerpos sirven para enriquecer mi experiencia" para que se quiebre... La búsqueda interior, individual es tan importante en el momento de las consignas como en el de los ejercicios colectivos. 3

El otro es el que permite que se lleve a cabo la búsqueda individual; es, en primera instancia, una herramienta cómoda. Aunque el cuerpo se ponga en juego por el tacto, el aspecto voluntario de los ejercicios no impide el tabú del contacto, sólo lo desplaza por medio de la regla que hace, alternativamente, de cada participante un objeto; o de un sujeto de investigación o de entrenamiento en el aprendizaje de una técnica o en la búsqueda de una sensación. No se trata del cuerpo de la vida corriente (y, por lo tanto, del cuerpo posible del deseo o del placer) que se presta al otro en una relación igual: es un cuerpo disociado de lo pulsional. El contacto físico no implica a dos sujetos, propiamente dichos, sino la repetición de un acto o de una técnica o de la experimentación de algo sentido como un aprendizaje, aun cuando se trata de un trabajo sobre lo íntimo. El otro es un compañero por azar y su compromiso corporal es condición del mío. La experiencia muestra que cuando los ejercicios tienen que repetirse de a dos o de a varios, la proximidad de los compañeros, más que sus posibles afinidades, reúne a los participantes. El contacto no es el de un sujeto preciso en una relación que se elige. Aunque puede producirse una situación placentera y que la relación vaya más allá de la del gimnasio o la sesión, no es el objetivo de los ejercicios y la ritualización que los guía, de todos modos, no alienta

esta posibilidad. El aspecto relacional está en cortocircuito: el único sentido que el otro tiene aquí es favorecer las sensaciones del que aprovechó el ejercicio sabiendo que, en la secuencia siguiente, los roles se invierten.

Este es el modelo de un intercambio realizado con buenos procedimientos que muestra que el cuerpo no es el lugar indiscernible de la existencia del sujeto sino la "mecánica del cuerpo" cuya aprehensión es suavizada por la psicología, sin que se modifiquen realmente el dualismo cuerpo-sujeto y la dualidad entre estos ejercicios y la cotidianeidad. Sin duda que, a veces, el dualismo se amortigua, pero no se suprime. E. Perrin evoca, con humor, su experiencia en grupos de compromiso corporal y subraya cómo los participantes respondían a las palabras de los coordinadores: "A tal punto que, frecuentemente, tuve la impresión que me conducían al descubrimiento de mis sensaciones como si fuese una visita guiada a un museo. Lo que oía era que "en un momento tendremos una sensación de calor allí, picazón aquí, etc." (p. 159). Un hermoso ejemplo del cuerpo promovido al rango de alter ego con el que se inicia una relación de seducción. La parte de uno mismo cuya presencia hay que aprender a domesticar y cuyos recursos hay que modificar para obtener placer.

### Notas

1 Jean-Paul Sartre, *L'etre et le néant*, Paris, Gallimard, "Tel", 1943, p. 95.

2 En otro trabajo mostramos que el borramiento del cuerpo no funciona como un candado: muchas situaciones, también rituales, permiten una relajación de los comportamientos corporales y del discurso autorizado sobre las manifestaciones del cuerpo: los festejos (nupcias, reuniones familiares, banquetes, fiestas, etc.). Los vestuarios deportivos, los juegos provocan la licencia de las conductas y de las palabras. Al mismo tiempo, las recepciones, ceremonias, bailes, etc., son ocasiones en las que el cuerpo adquiere el valor de la seducción.

---

3 Eliane Perrin, *Les cultes du corps*, Lausanne, Favre, 1985, p. 162.  
Del libro "Antropología del cuerpo y moderindad". Nueva Visión.